

LAS AGUAS
QUE HE MIRADO

Antonio Carvajal



Antonio Carvajal (Albolote, Granada, 1943) publicó *Tigres en el jardín*, en 1968, al que siguieron *Serenata y navaja* (1973), *Casi una fantasía* (1975), *Siesta en el mirador* (1979), *Servidumbre de paso* (1982) *Extravagante jerarquía* (1982), *Del viento en los jazmines* (1984), *De un capricho celeste* (1988), *Testimonio de invierno* (1990), *Miradas sobre el agua* (1993), *Raso milena y perla* (1996), *Alma región luciente* (1997), *Columbario de estío* (1999), *Diapasòn de Epicuro* (2004) y *Los pasos evocados* (2004); los libretos de ópera *Mariana en sombras*, con música de Alberto García Demestres, y *Don Diego de Granada* (2004), los libros de ensayo *De métrica expresiva frente a métrica mecánica* (1995) y *Metáfora de las huellas -Estudios de métrica-* (2002), y las ediciones comentadas de *Sonetos de Azul a Otoño* de Rubén Darío (2004) y *Poemas mágicos y dolien-*

tes de Juan Ramón Jiménez (2005), y, en colaboración con Juan Ramón Torregrosa, las antologías Hoy son flores azules y Mañana serán miel (La tradición oral en la Generación del 27). Entre sus antologías personales destacan Rapsodia andalusa (1995) y Poemi de Granada e altri versi (2005) traducidas al italiano por Rosario Trovato, Una perdida estrella, antología temática realizada por Antonio Chicharro (1999), El corazón y el lúgano -Antología plural- (2003) y Si proche de Grenade (2005, París, Seghers). Actualmente dirige la Cátedra García Lorca de la Universidad de Granada, donde es profesor titular de Métrica.

He mirado el hondo río de amplias compactas
[aguas,
negro metal de la noche, quieto a los ojos,
[sordo al oído, solo
entre frondas espesas y oscuras.
El viento estaba echado. Ni un rumor perturbaba
mi instantánea contemplación,
[mi rápida comparación de aguas y alma,
mi alma honda y amplia y negra y quieta y
[sorda y sola.

Un momento la luna, casi llena,
se reflejó en el río, no en mi alma.
La luna de mi alma en esta noche
no se ha asomado a mí, no me ha venido
como la piel de un pecho que me acoge
y se deja besar y me ilumina.

Hoy en mi alma ha habido
sólo un rumor de gozo muy lejano,
sólo una voz para llevar el día
a mayor soledad y agua más honda.

(Se evocan versos de Heine, al cruzar el río Genil,
ese día con aguas, camino de Santafé)

Das Meer hat seine Perle, recordaba
mientras miraba el transcurrir del río;
más que perla en el amar, el curso mío
por la estrella en el agua suspiraba.

Der Himmel... seine Sterne. Y se bañaba
de un halo blanco, equilibrado y frío,
el alma que un amor, a su albedrío,
desnudo y puro y suyo se inventaba.

Das Herz hat seine Liebe. ¡Qué ironía
tener el alma demudada y fría,
evocar un poema en otra lengua

y ver que el agua por su cauce sigue
y que caudal tan alto lo consigue
porque la nieve de los montes mengua!

III

Porque si tú aceptaras este ramo de rosas,
este jazmín de luz, el sueño que me quema,
como acepta el silencio la voz de mi poema
y el tiempo es recibido sin dolor por las cosas;

tal como en el arroyo de frondas rumorosas
se confunden las lágrimas del agua con la gema
de los álamos jóvenes, y el viento y la alhucema
cantan los frescos ecos de las horas gozosas;

porque si me aceptaras como lluvia, o tú fueras
la lluvia que ahora mismo resbala en mi sentido
como leve canario que da su melodía,

yo tendría de nuevo el sol en mis esperas,
la canción en los labios y el corazón herido
por el nombre vibrante de la exacta alegría.

IV

Como un ciprés erguido en medio la mañana
que al rayo desafía y acaricia la nube,
así se eleva el gozo de la tierra lejana
y del estanque un pálpito de leves ondas sube.

En el cuadro sereno que enmarca la ventana
-mejor pintor que el tiempo, sólo el amor que tuve
a la belleza efímera-, sostuve una manzana
y allí, sobre las aguas, estremecido, anduve.

Bajo la lluvia anduve, estuve, me sostuve,
y buscando el ciprés, la rama, el paraíso
reciente de un verano que así se despedía,
que así me abandonaba, que así quiso dejarme,

me entregaba a las aguas hasta que el cielo quiso
devolverle a la tierra la perpetua alegría
de estanque y paraíso y lluvia, por salvarme.

V

INVOCACIÓN DE INVIERNO

Óyeme, rojo sol, entre las nieblas
que te secuestran,

negado a este rectángulo del agua
verde y callada;

cuando mañana vuelvas a mi cielo,
tráeme dentro

de tu faz esos labios que he perdido,
labios de niño

sin otro aprendizaje que los nombres
puros de entonces.

Y arrojaré al estanque de los sueños
todo recuerdo

que no sea la flor que abre en las aguas
otra esperanza.

VI
MARINA

El mar deja en las rocas
rumor de fuerza inútil,
espuma de las olas.

El viento fuerte trae
agua suspensa y rápida,
llanto leve de un ángel.

Rumor de mar y viento,
así la sangre tiene
canción y pensamiento

que el mar y el viento llevan
como incierto mensaje
de la noche a la niebla.

VII
ATARDECER DE OTOÑO

Sola el agua sostiene
las últimas rosadas
renuncias del poniente.

En las viejas fachadas,
un roce de agonía
entre violeta y blanca.

Rosas mece la brisa,
y las lleva y las trae
por nubes sin espinas,

como el vuelo rasante
de un vencejo, del cielo
al agua del estanque.

VIII

Y que tus ojos sean las cosas que has mirado,
ese estanque gozoso donde el agua sumisa
refleja un cielo abierto con temblores de brisa,
de sí mismo y las frondas feliz y enamorado;

y que tu mano fije ese marfil callado
de la piedra ofrecida con calor de sonrisa
a la brisa y al agua, en la hora imprecisa
de la flor y las alas de un pájaro soñado;

y que en el vasto espacio que ocupan los jazmines
en el agua, en el aire, refresque los jardines
la memoria de un alma que se perdió en la nada,

para que el mundo tenga tu color y tu aroma,
el mundo renovado por quien lo ve y lo toma
y lo entrega a sí mismo, después de una mirada.

IX
CARMEN

Arriates y aljibes
para que el agua acuda,
toda flor, toda brisa,
al beso de la luna.

Las manos, ¿dónde están?
¿Y el aroma? ¿Y la bruma?
Queda el carmín intacto
al beso de la luna.

Leopardos de la nieve
tiemblan en la clausura
de compactas corolas;
la sombra se acumula.

Por los valles arriba,
la soledad desnuda,
la tarde sin rumor,
sin sol, sin flor, sin bruma.

Ménsulas de madera,
verticales espumas.
¿Dónde el ocaso, dónde
el jazmín de la luna?

X

GENERALIFE, primavera

Toda el agua se ha hecho fronda,
ancho tapiz el ciprés,
la escarcha blanca memoria
del jazmín y el ajimez,
los mocárabes ahondan
sus contraluces: se ven
y no se ven.

El jardinero los poda,
los riega, los mima, es
un milagro cada rosa,
cada hoja del laurel;
los estanques, con las hojas
del nenúfar, no se ven
y sí se ven.

XI

TRES ESTAMPAS DE GRANADA

1 JARDÍN DEL SECANO,
CON SIERRA NEVADA AL FONDO

Estas no son
las aguas del olvido.

nieve remota y próxima
como un niño dormido,
para la piel, negada,
a los ojos suplicio,
blanca porque el ciprés
y el delicado mirto
urdieron a la sombra
cenadores y nidos;
alta porque la fuente
apenas alza el tibio
rumor de un surtidor
desmayado en sí mismo
con aguas que no son
las del olvido.

Lo proclama la flor
abierta en el camino.

2 CARRERA DEL DARRO, BAJO LA LLUVIA

En la maraña dócil de la lluvia
se fundieron mis lágrimas.

*Devuélveme el aroma de las tardes
y el color de mi casa.*

Pero nadie me oía. Por el río,
crecido más de olvido que de aguas,
murmuraban las piedras sorprendidas,
murmuraban las zarzas.

Devuélveme las tardes de noviembre
y el grito de mi infancia.

La lluvia describía palimpsestos
en las viejas fachadas
y en el viento sonaron como versos
rotos por las campanas.

Devuélveme la luz de aquellas tardes
*de senda estrecha y de agua
con el rumor de una ciudad vivida
entre fuentes y plazas.*

Pero nadie me oía. Gris el cielo,
sorda la tierra, urgida la esperanza,
hinchidas por las lluvias del otoño
se abrían las granadas.

3 CARRERA DEL GENIL

Las luces del otoño,
cuando rompen las nubes
tras la lluvia, desnudan
los árboles y cubren
las calles y las torres
con silencios azules.

Eran altos rosales
que en la boca de un túnel
sacudieron sus pétalos
últimos, mientras funden
su plata diminuta
las más recientes nubes;
la ciudad despedía
otra vez el perfume
de los viejos armarios
y las cautas costumbres
y en los pechos sonaba
aquella aldaba lúgubre
que se llamaba tiempo
medido entre dos luces.

XII
GENERALIFE

*¡Caída, tendida, rota
el agua celeste y blanca!*

J. R. J.

Por el aire mojado va sin vuelo
una magnolia que el azul distrae.
No puede el alma sustraerse al lento
mutismo dócil de los arrayanes.

Suena el agua sin fin, sin voz, sin sueño
que contar a los hombres y a los árboles
y por las escaleras moja el eco
y se levanta y dobla por el aire.

Huele el silencio a los carmines últimos
con veladuras de suspiro o lágrima
y el grafito que aísla tanta estrella

y llora el agua entre jazmines húmedos
su nostalgia de ser celeste y blanca,
siempre caída para siempre en tierra.

XIII

ENERO EN LAS VENTANAS (Canto III)

El vaso cristalino relucía.
En su torno volaba
el pájaro.

Las aguas temblorosas
fluían en la luz de la ventana.
Alas. El corazón, casi partido,
goteaba en el vaso,
casi un llanto en silencio,
rojo, se desbordaba, proseguía
su vuelo, su canción, giraba, era
una brisa en la hora
de las rosas cerradas.

No cantes. No repitas
tu sed entre la niebla, que no puede
saciarla, que no quiere
darte de sí sus lágrimas, el eco.

Cantó, bebió, quebró
el vaso reluciente y cristalino.
Voló.

Por la ventana entraba niebla
en la brisa tenaz, difusa, opuesta.

XIV

LA PRESENCIA LEJANA (Selección)

Pintura mural, Torre de las Damas

Iban con sus banderas hacia oriente,
desplegadas, vibrantes, rojas, vivas
en un viento feliz, la llama al cielo.
Caballeros que fueron y jinetes
que ya no son sino una mancha casi
borrada en una estancia cuyo aroma,
las ventanas cerradas, me recuerda
el de las altas cámaras de casa
de labor, nunca el aura que se aspira
en grácil torre abierta hacia jardines:
Jardín, estanque, palmas, blancas casas,
un breve río musical y cauto,
leves montes, nevada sierra, cimas
de la delicia; el valle, paraíso.

Hacia el valle también los caballeros,
hacia donde la luz y la alegría
fingen tener su manantial perenne.

Si no fuera un dolor el propio rostro
y si el dolor no fuera nuestra patria
-la sola, la terrible y triste imagen
que nos lanza a los otros, como espejos-;
si el pájaro que trina en poderosa
guerrera torre que repite el cielo
cerrado de la noche, nos negara;
si fuera la sospecha de mirarse
en aguas quietas verdes la promesa
de un paraíso: el cielo de la aurora,
y el cielo del fulgor y el lento cielo
de la tarde, en el agua, limitado
sobre este propio rostro y la noticia
de otra paz interior; si las menudas
y blancas flores de los mirtos fueran
no lágrimas, estrellas; mas si el cuerpo
rompiera su temblor y, agua en el agua,
salpicara las murtas con las aguas
de otro gozo lustral, oh patria intacta
de la felicidad, se te hallaría
también entre estas aguas, estos muros,
este cercado cielo sin promesas,
este lecho mortal de la delicia.

Capaz de Dios se dijo que es el hombre;
de ti también, que arrojas a hurtadillas
unas migas de pan -¿por qué en tu mano
unas migas de pan?- para que vengan
los minúsculos peces a comerlo
casi en el haz del agua de esta alberca
que es trasunto del cielo y no mentira.

No miente el agua, que es capaz de Dios,
de un Dios clemente cuyo nombre llena
las paredes hermosas de esta casa,
y el corazón llenó también del hombre.

El agua que era un don para la vida
y se hizo gozo de la piel, espejo
de esta morada un día esplendorosa
donde un hombre soñó que recibía
todo el poder de Dios, su techo el cielo,
mientras el pez insomne perseguía
la mirada de Dios entre las aguas.

Un cielo azul, un horizonte quieto
-teja de barro, copa puntiaguda
de ciprés, filigrana de los yesos-
y el agua, el agua, el agua, el agua, el agua
-cruzaba un gorrión, cruzó una nube,
pasaron los vencejos, muere el día-
y siempre el cielo azul, el horizonte
quieto, la piedra gris incorporada
como león, como palabra hermosa
que da sentido y emoción al agua,
el agua en el oído, el agua al cielo,
a la vista, a la piel que la percibe
como aurora ofrecida hasta sus labios.

Hasta mis labios que dijeron: paz,
claridad, delicia, iguales a sus
nombres.

Y otra vez paz: Un cielo azul;
delicia; un horizonte quieto;
claridad desde el agua sobre el agua
por el agua hacia el agua para el agua
contra el agua hasta el agua. El agua.

Nombres.

